

Índice

Prefacio de los traductores	9
Carta I: ¡Me marcho!	17
Carta II: Introducción al mundo griego.....	21
Carta III: Los dioses y la <i>Teogonía</i>	35
Carta IV: El coraje y la <i>Iliada</i>	49
Carta V: La astucia y la <i>Odisea</i>	71
Carta VI: Tragedias I	87
Carta VII: Tragedias II.....	101
Carta VIII: La batalla de Maratón	111
Carta IX: De la mujer en la antigua Grecia: realidad y mito	135
Carta X: Filosofía	151
Carta XI: ¡Hasta pronto!.....	177
Epílogo de Fernando Pérez-Borbujo Álvarez	181
Bibliografía consultada	187
Agradecimientos.....	191

© del texto: Ignacio Clará Planas y Alejandro Clará Planas, 2025

© del epílogo: Fernando Pérez-Borbujo Álvarez, 2025

© de la ilustración de la cubierta: Dal, 2025

© de la edición: Editorial Milenio, S.L, 2025

C/ Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida

editorial@edmilenio.com

www.edmilenio.com

Primera edición: marzo de 2025

ISBN: 978-84-19884-81-7

DL: L 168-2025

Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, S.L

www.bobala.cat

Printed in Spain

Papel certificado por el Forest Stewardship Council®



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

PREFACIO DE LOS TRADUCTORES

Querido lector:

Permítenos que te contemos la asombrosa unión de casualidades que han permitido que este libro llegara a tus manos.

Tal vez la primera de todas ellas, y nos sentimos muy agradecidos por ello, es que nuestros padres tienen un gran interés por la cultura clásica. Es por este motivo que decidieron llevarnos de viaje, siendo pequeños, a conocer una de las grandes capitales del mundo antiguo, Atenas. Esta ciudad llegó a ser, en su día, la más conocida de todo el Mediterráneo.

Mientras estábamos de viaje, fuimos a hacer una excursión con nuestros padres por las afueras de Atenas. Decían que por allí había, en el pasado, una especie de jardín, y nosotros, por primera vez en todo el viaje, nos entusiasmos, pensando que podríamos utilizar los columpios de los niños de la antigua Grecia. Sin embargo, allí no pudimos encontrar nada

más lejano a lo que nos habíamos imaginado, puesto que lo único que quedaba eran algunas paredes de piedra, ocultas en el interior de un bosque. En cambio, nuestros padres parecían muy emocionados por haber hallado ese lugar; recuerdo que no dejaban de sonreír mientras el sol, que pasaba a través de los árboles, les acariciaba la cara. Entonces se sentaron a hablar sobre la gente que había vivido en ese jardín. Nosotros estábamos muy intrigados por entender qué había allí que alegraba tanto a nuestros padres, así que comenzamos a pasear por el yacimiento mientras ellos seguían hablando de sus cosas.

Una brisa suave recorría el lugar mientras mi hermano y yo nos dejábamos llevar por el misterio que escondían aquellas piedras desgastadas y repletas de recovecos. Las cigarras hacían un sonido estridente que parecía como una risa muy aguda que provenía de cada esquina del bosque. Recuerdo que mi hermano improvisaba una cancioncilla pegadiza que tenía cuatro notas que repetía una y otra vez. Todo era... tan bonito y simple. Recuerdo que mi cabeza empezó a dar vueltas, como si algo la hiciera girar. Tambaleándome, me apoyé en un muro en el que había un agujero y, de pronto, una lechuza salió de él, pasando justo por delante de mis ojos. Antes de desmayarme tuve la impresión de que, mientras cruzaba las copas de los árboles, el ave me llamaba.

Por suerte, mi hermano pudo recogerme mientras yo caía, y tras breves instantes, volví a abrir los ojos en sus brazos. Me apoyó en la hierba que crecía entre los restos de ese antiguo jardín para que pudiera descansar, y, mientras me recomponía, lentamente se acercó al agujero de la pared. Entonces, otra lechuza, esta con un aspecto mucho más temible, se asomó a la boca del agujero y emitió un largo chillido mientras

miraba fijamente a mi hermano y movía las alas en señal de pelea. Mi hermano caminó lentamente hacia atrás, sin apartar su mirada del ave en ningún momento y, tras ayudarme a levantar, corrimos de vuelta hasta donde nuestros padres se habían quedado charlando.

“Estaban protegiendo su nido”, nos contaron ellos mientras regresábamos por la tarde hacia la ciudad. “No podían permitir que nadie se acercara a sus crías.” Nos mostramos un poco tristes al pensar que habíamos hecho creer a aquellas lechuzas que queríamos hacerles daño a sus polluelos. Pero todas esas razones nos dejaron más tranquilos, y el regreso a Atenas se nos pasó volando, mientras les contábamos todos los detalles de la historia.

En los años que sucedieron a ese viaje la vida continuó como venía siendo. Tanto mi hermano como yo comenzamos a participar en el interés por el mundo antiguo que tenían nuestros padres. Casi sin darnos cuenta, comenzamos a formar parte de aquellas conversaciones que mantenían después de cenar, en las que disfrutaban comentando las lecturas que estaban haciendo. Pronto, nosotros también estaríamos leyendo algunos de aquellos libros, o acompañándolos de visita a algunos museos de arte antiguo. Todo esto sucedió en paralelo a nuestros estudios sin que hiciera falta hacer ningún gran esfuerzo, así que cuando en el instituto dimos latín y griego antiguo, aprovechamos la ocasión para acabar de dominar estas lenguas en nuestro tiempo libre. Fue por la misma razón que cuando nos planteamos qué queríamos estudiar en la universidad, tampoco nos costó mucho decidirnos por carreras del ámbito de los estudios antiguos. Nos especializamos en literatura clásica y en arqueología.

La proximidad de nuestros estudios nos permitió trabajar en estrecha colaboración. La cultura del mundo antiguo adquirida combinada con los conocimientos prácticos en el ámbito de la arqueología, nos permitieron hacer algunos hallazgos de mediana importancia en España. Gracias al éxito de nuestras investigaciones, logramos unir esfuerzos con universidades de Italia y de Grecia, y comenzó una gran época de descubrimientos, pues aquellos países tenían mucho más que ofrecernos. Encontramos un templo dedicado a Afrodita, la diosa más bella, que era mencionado en una de las cartas de Séneca a Lucilio, y también una de las muchas estatuas del dios Apolo que se encontraban en el oráculo de Delfos y de las que Pausanias nos habla en su *Guía sobre Grecia*. Casi nos desmayamos cuando, retirando tierra de una antigua villa romana, descubrimos el ojo de aquella estatua, volviendo a ver la luz del día después de dos mil años.

A lo largo de todo aquel tiempo, algo que nos desconcertaba fue creciendo. Cuando empezamos a tener cierta idea sobre todas las excavaciones que se estaban realizando en Grecia, no tardamos en preguntarnos por aquel jardín que habíamos visitado en nuestra infancia. Tratamos de conocer su nombre, pero no encontramos ninguna información sobre él. Comprobamos los mapas de algunos de nuestros colegas en las universidades de Roma, Nápoles, Atenas y Tesalónica, pero ninguno de ellos mostraba la existencia de aquel lugar. Nos hacía ilusión recabar algo de información sobre el jardín para llevársela por sorpresa a nuestros padres, que hacía tiempo se habían retirado a una pequeña casita en Ibiza. Sin embargo, nuevamente tendrían que ser ellos los que nos dieran la sorpresa a nosotros, cuando fuimos a visitarlos aquel verano con

las manos vacías. No tenían ni idea de que aquel sitio no estuviera descubierto. Sencillamente se habían aventurado en aquel bosque con la esperanza de hallar el jardín, del que solo sabían que se encontraba a las afueras de Atenas, al norte, cerca de una población llamada Filí.

No podíamos dar crédito a aquellas palabras. Los ojos se nos salían de las órbitas mientras nuestros padres hablaban de aquel descubrimiento con total naturalidad. ¡No tenían ni idea de que habían descubierto esas ruinas! Rápidamente nos pusimos en contacto con la universidad de Atenas y organizamos una expedición urgente en ese bosque. La confianza que nos habíamos labrado con ellos fue suficiente para que en poco menos de un mes ya estuvieran listos todos los permisos y el material necesario para emprenderla. Solo faltaba una cosa: nosotros éramos demasiado pequeños cuando visitamos el jardín, y nos era imposible recordar todo el camino hasta ese lugar. Era necesario que aquellos que lo habían descubierto lideraran nuevamente la expedición, pero ya no llevando detrás a un par de niños, sino a todo un equipo de investigación experto.

Nuestros padres no habían olvidado en absoluto aquel día de excursión, y sabían perfectamente el camino que debíamos tomar. Y, nuevamente, tras treinta veranos, volvíamos a estar allí, en ese bosque rodeado de misterio. El sol, que se colaba entre las copas de los árboles, volvía a iluminar los rostros de nuestros padres, y aquellas sonrisas inolvidables volvían a dibujarse en sus labios. Después de caminar durante un rato vimos, en la espesura, lo que parecía una pared agrietada por los años. Habíamos llegado. Todos estallamos de alegría, todos excepto nuestros padres que, manteniendo aquellas sonrisas,

se sentaron junto a las ruinas y volvieron a charlar sobre la gente que allí había vivido. También mi hermano y yo volvimos a adentrarnos en aquel lugar, cautelosamente, como lo habíamos hecho de niños.

Tan solo dos cosas eran distintas respecto a aquella primera vez. La primera, y más obvia, era que nos acompañaba un grupo de investigadores muy queridos con los que estábamos a punto de ofrecer al mundo uno de los mayores descubrimientos del siglo. La segunda era que mi hermano y yo teníamos una intuición sobre dónde empezar a buscar. Acompañados por las risas de las cigarras, los rayos de sol, y una cancioncilla de cuatro notas, regresamos a aquel agujero en la pared, al nido de lechuzas, a nuestro primer hallazgo. Esta vez nos acercamos cuidadosamente, con la intención de no asustar a ningún animal que pudiera vivir allí todavía. Sin embargo, el nido había sido abandonado hacía largo tiempo, y pudimos acercarnos hasta ver en su interior. Fue así como encontramos, debajo de unas plumas y un poco de polvo una caja de madera, totalmente endurecida por los siglos. La extrajimos con sumo cuidado y la guardamos en una bolsa de seguridad para su posterior análisis. Pudimos escuchar el sonido de algo en su interior mientras la guardábamos, aunque no podía ser nada demasiado pesado, dada la liviandad de la caja.

De regreso a Atenas, dejamos a nuestros padres en un pequeño restaurante donde sabían que podrían escuchar algo de música tradicional, y nos fuimos disparados al laboratorio de la universidad, ansiosos por analizar todas las piezas que habíamos hallado durante el día, sobre todo aquella caja. Lo que descubrimos en su interior nos dejó a todos estupefactos. Once rollos de pergamino, conservados en perfecto estado,

escritos en latín. Tuvimos que suspender las excavaciones en el jardín por unos días, que dedicamos íntegramente a la traducción de esos textos. Se trataban de once cartas, datadas entre los años 212 y 214 d. C., y que escribió un patricio romano, cuyo nombre no aparece en ningún lugar, a su sobrino, de nombre también desconocido. Son cartas escritas en un tono personal y cercano, historias de un tío que trata de mostrar a su sobrino, en una época de crisis del imperio, el esplendor del pueblo griego, su gran sabiduría, para que corrieran por las venas del sobrino una seguridad y una tranquilidad que jamás hallaría en el exterior.

Así pues, es el momento de que os dejemos a vosotros, directamente, con esas historias. Viejas historias sobre mitos, dioses y humanos, historias que no quieren morir nunca y que infunden vida en aquellos que, siglo tras siglo, vuelven a descubrir en ellas sus bienes inmortales.

Barcelona, 2/6/2024

¡Me marchó!

Querido sobrino:

Esta rodilla mía empieza a parecerse a una de esas peonzas con las que los niños juegan, pues cada vez que piso no sé a dónde me va a llevar. Por esto temo decirte que mi camino se detiene aquí: ya no podremos seguir dando esos largos paseos por Roma y sus jardines nunca más. Mentiría si te dijera que algunas lágrimas no se derramaron por mis mejillas cuando tomé esta decisión, pues esos paseos eran mi única alegría en esta corrupta ciudad. Ya no tengo motivos para permanecer aquí, sentado en una silla, viendo cómo esta gente es devorada por su propia codicia. Incluso mis dos hijos, a los que tanto he querido, parecen estar cegados por esta hambre voraz en la que todos se consumen. ¡Dicen ser gente de bien, pero su corazón está más frío que el de las estatuas del templo! Solo les importa una cosa: que el emperador pasee su mirada sobre

ellos en las recepciones imperiales. Y tristemente, para lograr esto, tan solo hay que estar dispuesto a convertirse en una baldosa sobre la que otros puedan caminar.

En cambio, tú, mi querido sobrino, disfrutas de la música acompañada del buen licor de higos y no tienes miedo a bailar en público o besar a un joven en plena ágora. Tu cabeza no está vacía, sino llena de profundas reflexiones sobre la vida, que cultivas día a día en las bibliotecas de Roma. Tus labios siempre esbozan una sonrisa, y tu sentido del humor siempre está listo para disparar una carcajada. Se nota que vives tu vida libremente, sin aprovecharte de nadie; a diferencia de mis hijos, que no se dedican a otra cosa más que a buscar provecho, tú siempre has sacado algo de tiempo para venir a verme y salir a pasear conmigo. Para ellos, todo lo antiguo es una pérdida de tiempo y dinero, y en cambio tú te pasas el día leyendo escritores griegos y escuchando las historias de mis viajes por el continente helénico.

Muy a mi pesar, hoy en día los romanos piensan que la única forma de disfrutar y desmelenarse consiste en darse opulentos festines de comida y alcohol donde el único límite para la hinchazón y la borrachera es el de perder la conciencia. Insensatos, piensan que saben cómo perder la cabeza cuando lo único que pierden son sus hígados. Su arrogancia les hace creer que su superioridad consiste en poder desperdiciar todos sus bienes y, por ello, tras llenar sus barrigas, las vacían vomitando para poder seguir comiendo. Pero son unos idiotas al sentirse libres por no tener que preocuparse de un trozo de pan, cuando en realidad no están ni por encima de sus migas.

Sin duda, querido sobrino, los romanos han sido capaces de grandes cosas, pero la opulencia les ha nublado totalmente

la capacidad de asombrarse por el mundo en el que viven y, ahora, tan solo se preocupan de aquello que les vaya a llenar la barriga o los bolsillos. Aquellas riquezas con las que creyeron que se harían libres ahora les encadenan al suelo, y han probado tanto el fango que ya ni lo distinguen del faisán. Por eso aquellos sabios nacidos en Grecia afirmaban que para alcanzar la plenitud de la vida no bastaba con alcanzar la plenitud del estómago o del bolsillo, sino que lo primero era el alma. “Nada es suficiente para quien lo suficiente es poco”, decía Epicuro.

La antigua Grecia realmente fue una cultura fascinante. ¡Esa gente sí que sabía cómo perder la cabeza! Inventaron la filosofía, ¡ni más ni menos! Sin embargo, día tras día, sus grandes lecciones desaparecen en el océano del tiempo. Gracias a nuestros avances tecnológicos, hemos logrado preservar todos sus conocimientos en las majestuosas bibliotecas imperiales. ¿Pero, de qué nos sirven todos esos pergaminos si nadie se interesa por ellos y sus lecciones se pierden entre el polvo y el olvido?

Por esta razón, querido sobrino, he decidido escribirte una serie de cartas que espero que puedan paliar mi ausencia de Roma. En ellas, lo que vas a encontrar es una introducción al mundo griego, a sus lecciones, a sus preguntas acerca de la vida, y a las respuestas que dieron a esas preguntas. Espero que te sirva para adentrarte en este misterioso mar en el que se esconden los mayores tesoros que serás capaz de concebir. Tesoros que dejan en nada a las riquezas del emperador, pues su valor reside en el maravilloso hecho de que estás vivo. Tesoros que te harán amar la vida, más que tratar de dominarla.

Sé que diciendo estas cosas pongo mi cabeza en el mismo peligro que amenazó la de Cicerón. Por suerte, yo no gozo ni de su fama ni de su influencia en el imperio, así que dudo que ningún centurión se moleste en venirme a buscar a mi villa de Ilerda. Te quiero mucho, sobrino mío, y espero que estas páginas que resumen los conocimientos que he adquirido durante toda mi vida te llenen el corazón de felicidad.

Tu tío

4 de febrero del CMLXV *a. U. c.*¹

1. Cada gran civilización ha tenido su propio calendario. Esto no solo implica el número de días que tiene el año, sino algo todavía más importante. Para poder distinguir entre un año y otro, necesitamos poner una fecha a partir de la cual comenzamos a contar, un año cero, y cada civilización decide qué momento quiere fijar como su principio. Las sociedades heredadas del cristianismo, fijamos nuestro año cero como el año del nacimiento de Jesús de Nazaret, el Mesías cristiano. En cambio, el calendario musulmán fija su año cero en el momento en que su profeta, Mahoma, huye de La Meca a Medina. Y, como es lógico, el calendario romano tiene otro año cero: el momento en el que la ciudad de Roma fue fundada, esto es, según nuestro calendario gregoriano, el 753 a. C. Como es lógico, ellos no usaban el sistema cristiano de a. C. y d. C., sino que utilizaban la siguiente abreviatura *a. U. c.*, que significa 'ad Urbe conditia', el término en latín que significa la fundación de la ciudad. Por tanto, el 753 a. C. es equivalente al 1 *a. U. c.* Nosotros hemos querido preservar la datación original de las cartas, y por ello hemos mantenido todas las dataciones conforme al calendario romano. Sin embargo, para comodidad del lector, hemos puesto, en el pie de página, el año cristiano al que se refiere el autor. En este caso, la datación de su primera carta se sitúa en el 212 d. C. (Todas las notas al pie son de los traductores).